

LECCION III.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Misiones de san Pablo en Tesalónica, en Atenas delante del Areopago, en Corinto, en Efeso y en Jerusalen.—Le prenden y le envían á Cesarea.—Parte á Roma.—Acogida que recibe.—Aunque preso predica el Evangelio.—Vuelve á Oriente, y despues á Roma, donde entra con san Pedro.—Muerte de Simon el Mago.—Martirio de san Pedro y san Pablo.

Pablo y sus compañeros salieron de Filipos para dirigirse á Tesalónica, ciudad célebre y capital de la provincia. Pablo era por su mision especial el Apóstol de los gentiles, y bajo este concepto especialmente los hijos de Jacob, que le miraban como el enemigo natural de sus privilegios y de su ley, se declaraban en todas partes los suyos. Sin embargo, no dejaba de buscarlos en todos los puntos donde establecia sus misiones. Predicó tres sábados en la sinagoga de Tesalónica; su palabra no fué vana, pues convirtió algunos judíos y un gran número de gentiles, y estos nuevos cristianos fueron el modelo de todas las iglesias por su constancia, su piedad y su tierna caridad.

El Apóstol se portaba con ellos como una afectuosa madre con sus hijos, y en su amor hubiera deseado darles no solamente el conocimiento del Evangelio, sino tambien su propia vida. Los exhortaba, consolaba y suplicaba que obraran siempre de un modo digno de Dios y de la gloria á que habian sido llamados, y les enseñó á santificar las mas insignificantes acciones, y en particular el trabajo manual, de lo cual les daba ejemplo.

Sin embargo, los judíos endurecidos resolvieron dar muerte á los nuevos predicadores. Avisados con tiempo de la borrasca que les amenazaba, Pablo y Silas partieron á la ciudad de Berea, donde pronto fructificó el Evangelio; pero habiendo llegado emisarios de Tesalónica para sublevar al pueblo, los cristianos se vieron precisados á llevar á san Pablo á orillas del mar y á embarcarlo. Dios permitió de este modo que el soplo de la persecucion arrojase de ciudad en ciudad aquella bienhechora nube para que esparciese á lo léjos

la lluvia saludable que llevaba en su seno. ¡Cuán cierto es que las pasiones de los hombres contribuyen en manos de la Providencia al cumplimiento de sus adorables designios!

Algunos cristianos de Berea acompañaron al Apóstol hasta Atenas, donde tenian órden de reunirse Silas y Timoteo. Atenas habia sido el punto general de reunion de los mas distinguidos talentos y de los mas grandes filósofos, y era aun la ciudad mas culta y mas aficionada á las bellas letras; mas todo el fruto que habia sacado de esta superioridad consistia en que no habia en el mundo, á excepcion de Roma, una ciudad mas llena de ídolos y supersticiones. Adoraba á todos los falsos dioses que sabia eran adorados en los demás pueblos, y temerosa de haber olvidado alguno que no conociera, habia erigido una ara con esta inscripcion: *Al Dios desconocido.*

El celo de los atenienses por el error animaba el de Pablo por la verdad hasta el punto de consumirle de dolor. Hablaba á los judíos todos los sábados en las sinagogas y todos los dias en la plaza á los que allí se hallaban, y no le faltaban oyentes. Los habitantes de Atenas no parecian tener otra ocupacion que la de pasear su ociosidad para dar ó saber noticias; la ciudad estaba además poblada de estóicos y epicúreos, gentes curiosas de toda doctrina, que acudian por consiguiente en tropel á oír al charlador, que era el nombre que daban al Apóstol; y aunque en un principio se limitaron á mofarse de él, pronto le llevaron al Areopago para que expusiese allí su doctrina. El Areopago era el Senado de Atenas; nada hay tan célebre en la historia como aquella ilustre corporacion, considerada como oráculo de la verdad y la norma del buen gusto.

Podemos decir tambien que ninguna sesion fué tan célebre como la en que Pablo apareció delante de aquella academia. El Cristianismo y el Gentilismo, que parecian buscarse mucho tiempo hacia, se encontraban por fin frente á frente, é iban á luchar cuerpo á cuerpo. Veíanse de una parte los representantes de todas las sectas filosóficas de la antigüedad, con el corazon hinchado de orgullo, la cabeza llena de preocupaciones y de argumentos, y la lengua hábil en manejar el sofisma; y se veía de la otra parte á un extranjero, un judío de pequeña estatura, y en cuyo exterior nada podia imponer el respeto. ¿Hay cosa mas dramática y mas asombrosa que semejante contraste? Cuando se sentaron todos los jueces, Pablo apareció en la

Tres cosas hay que quisiera haber visto, decía san Agustin; á Roma en

tribuna. ¿Qué va á decir? Para apreciar toda la sublime sencillez de su discurso, es preciso atender á que cada una de sus palabras es como un martillazo que reduce á polvo alguno y aun varios de los sistemas absurdos sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo, de que eran los partidarios ó apóstoles sus jueces. Para no atacarles de frente, Pablo no combate directamente la filosofía ni el Gentilismo, expone la verdad, y deja que sus oyentes saquen las consecuencias. Hé aquí su admirable discurso:

« Ciudadanos de Atenas, todo lo que ven mis ojos me anuncia que sois religiosos hasta el exceso, porque al recorrer vuestra ciudad, y al examinar los simulacros de vuestros dioses, he encontrado una ara sobre la cual he leído esta inscripcion: *Al Dios desconocido*. Voy, pues, á anunciaros lo que adorais sin conocerlo: es el Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que siendo el Señor del cielo y de la tierra, no habita los templos fabricados por la mano de los hombres, y si recibe los homenajes de los mortales, no es porque necesite alguna cosa, pues da á todos la vida, la respiracion y todos los bienes.

« Él es el que de un solo hombre hizo salir todo el linaje humano para que habitase la tierra, señalando á cada hombre el tiempo de su vida y á cada pueblo los límites de su posesion. Su designio era que los hombres le buscasen en sus obras, y que despues de haberle hallado le rindiesen sus homenajes, porque no está léjos de cada uno de nosotros. En él vivimos, nos movemos y somos; y bajo este sentido dijeron algunos de vuestros poetas: Somos del linaje de Dios.

« Siendo, pues, hijos de Dios, guardémonos bien de imaginar que la Divinidad es cosa semejante á simulacros de oro, de plata ó de piedra, obras del arte y de la invencion de los hombres.

« Así pues, Dios, despues de haber disimulado al parecer aquellos tiempos de ignorancia y de ceguedad, anuncia ahora á los hombres en todos los lugares de la tierra que hagan penitencia de sus extravíos voluntarios, porque ha establecido un dia en que juzgará á todo el universo con soberana justicia por el ministerio del hombre á quien dió este poder, lo cual ha puesto fuera de duda resucitándole de entre los muertos. »

un dia de triunfo, á Ciceron en la tribuna de las arengas, y á Pablo delante del Areopago.

Es imposible imaginar nada mas adecuado á la disposicion de los oyentes, y mas proporcionado á sus conocimientos presentes que el discurso del grande Apóstol. Ve en la ciudad de Atenas una ara erigida al Dios desconocido; y esto le da ocasion para despertar en el alma de los atenienses, idólatras y supersticiosos, la idea casi natural de un Criador, de un Soberano y de un Juez. Les hace conocer cuán separados se hallan de la primera de todas las verdades; añade que Dios quiere poner fin á tan culpable ignorancia; que es preciso convertirse, porque ha de juzgar al mundo; que este Juez existe, y que para dar testimonio de la autoridad soberana que le concede, Dios le resucitó de entre los muertos.

De modo que el sencillo y sublime simbolo que expone el Apóstol encierra la unidad, la espiritualidad, la soberana perfeccion de Dios, la creacion del hombre á imágen de Dios, su degradacion, su obligacion de hacer penitencia porque debe dar cuenta de sus obras, y la creacion del mundo destinado á revelarnos la existencia de Dios. Y hé aquí derrocados y pulverizados todos los sistemas de los filósofos sobre la pluralidad de los dioses, sobre la eternidad del mundo, sobre los átomos creadores y sobre la naturaleza del alma. ¿Cuál fué, pues, el fruto de aquel discurso, el mas bello sin duda que salió jamás de la boca de un simple mortal? El mismo que produce aun todos los dias la palabra de Dios. Nadie se atrevió á replicar; algunos se mofaron, hé aquí los impíos; otros aplazaron su parecer hasta oirlo otra vez, hé aquí los indiferentes; y algunos pocos creyeron, hé aquí los fieles. De estos últimos fué uno de los miembros del Areopago, llamado Dionisio, que llegó á ser primer obispo de Atenas ¹.

Pablo supo al salir del Areopago que habia llegado Timoteo, y salió acompañado de este querido discípulo de la ciudad donde habia reconocido que la mies no estaba en sazon, llegando muy pronto á Corinto, capital de toda la Grecia.

Esta ciudad, situada entre dos mares que la convertian en centro de todo el comercio de Oriente y Occidente, era muy populosa y rica, y reinaban en ella de un modo espantoso todos los vicios, pero especialmente la lascivia. San Pablo fué á hospedarse en casa de Aquila y Priscila su mujer, y eligió su casa porque eran judíos y tenían el mismo oficio, el de hacer tiendas, y trabajaba con ellos. El Apóstol no quiso deber su subsistencia, menos aun en Corinto que

¹ Y de París, segun una tradicion bien fundada.

en otras ciudades, á los fieles á quienes predicaba; y la abnegacion, las oraciones y el celo del nuevo misionero alcanzaron todo su efecto, pues á despecho de todos los obstáculos, Pablo plantó la fe en Corinto. Allí es donde Timoteo, que habia partido á Tesalónica, fué á reunirse con Silas, y ellos le consolaron, tanto con su presencia como con las buenas noticias que le trajeron de sus queridos tesalonicenses. Á estos fervientes neófitos escribió su primera epístola para felicitarles y alentarles en su adhesion á la fe.

Pablo partió de Corinto despues de una permanencia de diez y ocho meses, recorrió las diferentes provincias de Asia, fué á Jerusalem, y regresó muy pronto á Éfeso, donde permaneció tres años para fundar aquella iglesia que san Juan debia asegurar despues con su presencia y honrar con su muerte. Imposible seria explicar todo lo que tuvo que padecer el grande Apóstol para demontar un campo tan inculto; él mismo nos cuenta que no pasaba un dia sin verse expuesto á perecer, y una vez entre otras le prendieron y le arrojaron á las fieras en el anfiteatro; pero Dios le libertó.

El infatigable Apóstol escribió su epístola á los gálatas en medio de tantos trabajos y peligros: aquellos fervientes cristianos se habian dejado engañar por falsos doctores que querian obligarlos á someterse á los ritos mosaicos, y cuyos esfuerzos se dirigian nada menos que á la ruina del Evangelio. San Pablo les escribió con una energía proporcionada á su celo y á la magnitud del mal que trataba de destruir, y escribió tambien por aquella misma época sus dos Epístolas á los corintios. Estos dos monumentos del celo apostólico encierran todo cuanto pueden inspirar la firmeza, la caridad mas ilustrada y mas tierna, y la prudencia dirigida por la fe.

Empezaba en tanto á brotar la buena semilla, y Éfeso contaba ya un gran número de cristianos; pero la contradiccion es el sello de las obras de Dios, de modo que tantas conversiones atrajeron al Apóstol nuevos disgustos. Diana, diosa de la caza, tenia en Éfeso un templo reputado por una de las maravillas del mundo, y al cual rendian adoracion todos los idólatras; los que iban á Éfeso no dejaban de visitar este templo, y para rendir homenaje á la diosa, acostumbraban comprar y llevarse á sus casas unas pequeñas figuras de plata, construidas en forma de nichos en donde estaba colocada la estatua de la diosa.

Cierto Demetrio, platero de profesion, que tenia mucha ganancia

con esta clase de obras, conociendo que si llegaba á triunfar la doctrina de Pablo quedaban destruidos su comercio y sus beneficios, convocó á todos los plateros que hacian el mismo negocio, y les dijo: Ya sabéis que debemos nuestra subsistencia á las obras que elaboramos en honra de Diana; pero sabéis tambien, y lo estais viendo, que ese Pablo disuade, no solamente en Éfeso sino en toda la Asia, á una multitud innumerable de personas de que se dirijan á nosotros, predicando por todas partes que los dioses fabricados de mano de los hombres no son dioses. ¿Y cuál será el resultado de esto? Que nuestro comercio quedará desacreditado, y el templo de la gran Diana, reverenciado en toda el Asia, solo será objeto de menosprecio.

Demetrio triunfó mas allá de lo que esperaba, porque su lenguaje era el mas adecuado para herir las almas vulgares por todos los puntos mas propios para conmoverlas: el interés y la supersticion. Todos los artifices empezaron á dar voces, arrebatados de ira, diciendo: ¡Viva la gran Diana de los efesios! Se amontona el pueblo, toda la ciudad se llena de confusion, la multitud se precipita hácia el teatro, y á falta de Pablo, que Dios oculta del furor de sus enemigos, arrastra con violencia á sus dos compañeros Gayo y Aristarco.

Informado Pablo del suceso, tuvo bastante valor para querer presentarse al pueblo enfurecido, pero sus discípulos se opusieron. En tanto mil gritos confusos salian de la turba; y como sucede casi siempre en los movimientos populares, un gran número hasta de los mas exaltados ni sabian siquiera de qué se trataba. Los judíos temieron que descargase sobre ellos la borrasca, y en su inquietud hicieron todos sus esfuerzos para colocar á uno de los suyos llamado Alejandro en un paraje elevado, desde donde pudiera hacerse oír y defender su causa. Quiso hablar, pero pronto se supo que era judío, y mil voces ahogaron la suya gritando con mas fuerza que antes: ¡Viva la gran Diana de los efesios! Los clamores duraron cerca de dos horas sin que fuera posible apaciguar el tumulto: cuando los amotinados se cansaron de gritar, se adelantó el secretario de la ciudad, é hizo ver que aquel tumulto podia reputarse una sediccion, de la que serian los habitantes responsables al emperador, y que si Demetrio tenia negocios que ventilar con alguno, podia ir á la audiencia y pedir justicia al procónsul. El pueblo se contentó con estas palabras, y se retiró.

Pablo reunió en tanto á todos los cristianos, se despidió de ellos,

y no pensó mas que en partir. Antes de emprender su viaje, dirigió su famosa epístola á los romanos; era el año de Jesucristo 58. Esta epístola, escrita despues de otras varias, se coloca sin embargo la primera, tanto por la dignidad de la ciudad de Roma, como por las instrucciones importantes y la hermosa doctrina que contiene. El Apóstol explica en ella particularmente el misterio de la gracia que justifica al pecador, y demuestra que ni los judios ni los gentiles la merecian.

Aunque san Pedro fundó la Iglesia de Roma, san Pablo escribia á los fieles que la componian, porque tanto era apóstol de los romanos como de las demás naciones. Habia llenado ya del nombre de Jesucristo todos los países que se extienden desde la Judea á la Iliria, y en todas las provincias de Oriente no se hallaba ya un lugar donde no hubiese sido anunciado el Evangelio. Por esto abrigaba la resolucion de ir á España tan pronto como hubiera llevado á Jerusalem las limosnas de los fieles, y de pasar entonces por Roma. ¡Admirable celo! los imperios faltan á la ambicion de Alejandro, y hé aquí que la tierra parece demasiado pequeña á nuestro nuevo conquistador.

Estando todo dispuesto, Pablo salió de Éfeso, donde habia permanecido tres años: despues de haber atravesado la Macedonia, recogiendo las limosnas de los fieles para sus hermanos de Jerusalem, llegó á Troade, donde celebró la fiesta de Pascua. Los discípulos se reunieron aquel mismo dia en un aposento del tercer piso para partir el pan sagrado. Pablo predicó hasta media noche, porque debia partir al dia siguiente, de modo que olvidaron la hora de la comida y del sueño, pues todos tenian tan solo hambre de verdad y de salud de las almas. El demonio intentó turbar tan santa alegría, pero no hizo mas que avivarla. Un jóven llamado Eutico, que estaba sentado en una ventana, no pudo resistir al sueño, y habiéndose dormido durante el sermon, cayó desde el tercer piso y murió. Esta desgracia nos indica el castigo que merecen los que oyen con descuido la palabra de Dios; pero el Señor hizo que contribuyese á la gloria de su Apóstol y al consuelo de los fieles.

Pablo bajó al momento, se inclinó hácia el muerto, y le restituyó la vida abrazándole. No os aflijais, dijo al volver á entrar en la asamblea; el jóven vive. Y continuó su discurso, y bendijo el pan sagrado. Ya puede figurarse con qué nuevo fervor escucharian los disci-

pulos al Apóstol, y participarian de los santos misterios; la divina Eucaristia, presentada por las manos de un Santo que acababa de resucitar un muerto, forzosamente debió encontrar almas llenas de conviccion y corazones bien dispuestos. Despues del banquete celestial, Pablo continuó exhortando y consolando á los fieles; al asomar la aurora, bajó para dirigirse al puerto; se embarcó al momento, y dos dias despues se hallaba en Mileto, ciudad célebre de la provincia de Caria en la costa de Asia.

Tenia intencion de hallarse en Jerusalem por Pentecostes para granjearse mas fácilmente el ánimo de los judios con el respeto que manifestaba hácia sus fiestas y ceremonias. Á pesar de la premura del tiempo, no pudo rehusar á su celo el convocar en Mileto una especie de sínodo, y habiendo enviado emisarios á Éfeso, mandó que acudieran los ancianos de la Iglesia, es decir, los pastores que el Espíritu Santo habia establecido en ella para gobernar el pueblo de Dios. Viéndolos á todos reunidos en torno suyo, les dirigió una de esas despedidas apostólicas en que un padre lleno de ternura, dejando salir con desahogo los sentimientos de su corazon, dice á sus hijos cosas tan interesantes que nunca las olvidan.

« Ya sabeis, les dijo, cuál ha sido mi conducta en medio de vosotros desde el dia en que entré en el Asia, sirviendo al Señor con « humildad, con lágrimas y con los peligros y contradicciones que « me vinieron por las asechanzas de los judios. Sin embargo, nada « he descuidado, nada he omitido de cuanto he creido que podia « contribuir á vuestra salvacion, y os he anunciado el Evangelio en « público y en vuestras casas.

« Pero hé aquí que ahora arrastrado y como encadenado por el Espíritu Santo me adelanto hácia Jerusalem, ignorando la suerte que « me aguarda; pues lo único que sé es que el Espíritu Santo me hace « anunciar en todas las ciudades por donde paso que me esperan en « Jerusalem prisiones y tribulaciones; mas no temo ninguna de estas cosas, ni tengo en mas precio mi vida que la salvacion eterna « de mi alma, y me importa poco, con tal que acabe mi carrera y « cumpla la mision que recibí del Señor Jesucristo de anunciar el « Evangelio de la gracia de Dios.

« Sé tambien que no me volveréis á ver vosotros por quienes he « pasado predicando el reino de Dios. Velad, pues, por vosotros mismos y por el rebaño del que el Espíritu Santo os ha instituido obis-